

particularmente la pascua: muerte, resurrección, glorificación, ascensión. La pascua y la hora constituirían la misma consumación escatológica. De ahí la fusión de horizontes temporales tan típica de este evangelio: el del Jesús histórico con su pascua, y el de la comunidad, que vive en el tiempo, pero afectada por los sucesos escatológicos pascuales, donde la efusión del Espíritu guarda una importancia particular. Finalmente, la tercera parte (285-298) recapitula los resultados obtenidos. La investigación ha manejado una copiosísima bibliografía (299-330) y aporta un conjunto muy detallado de índices diversos (331-369).

De este estudio se desprende que Juan no maneja ni una interpretación de corte existencial del tiempo (frente a Bultmann) ni considera la historia de Jesús como el centro del tiempo (contra Cullmann). Frey ve una tensión constante, que sobre-determina el evangelio, e incluso la misma cristología de Juan, entre el tiempo de Jesús y el de la comunidad. El tiempo de Jesús sería simultánea y correlativamente triple: el de la preexistencia —muy subrayada por el autor—, el de su propio caminar terreno, y el de la pascua escatológica, con la ascensión. De otro lado, la comunidad sigue dentro del discurrir ordinario de la historia. Ahora bien, un discurrir que no se puede concebir sin conexión con lo acontecido en y gracias a la pascua, que también se realiza en la vida de la comunidad: ahora es el juicio y la entrada en la vida eterna.

El planteamiento lingüístico de corte pragmático lleva al autor a prestarle gran importancia al tiempo de la comunidad, prescindiendo de un esquema más general de análisis: la relación entre el tiempo escatológico, generado a partir de la pascua, y la historia común, de la que la comunidad forma parte.—G. URIBARRI, S.J.

G.F. HAWTHORNE - R.P. MARTIN - D.G. REID (a cura di), *Dizionario di Paolo e delle sue lettere*, Edizione italiana a cura di Romano Penna, (Edizioni San Paolo), Milán 1999, L + 1886 pp., ISBN 88-215-3743-9.

Romano Penna, bajo cuya dirección ha sido traducida la obra al italiano del original inglés *Dictionary of Paul and His Letters* (1993), considera la aparición de este diccionario como «una verdadera novedad» (p. V), ya que entre los numerosos diccionarios bíblicos existentes —teológicos y/o histórico-literarios— por primera vez aparece uno dedicado íntegramente a Pablo, lo que supone concentrar la atención en el apóstol como nunca hasta ahora se había hecho¹. La verdad es que la figura de Pablo lo merece no sólo por la relevancia de su personalidad, de su teología y de su incansable actividad evangelizadora en los comienzos de la Iglesia, sino también porque al hilo del conocimiento de su aventura personal tenemos el acceso más inmediato y más rico a lo que fue el más primitivo cristianismo. Para completar el significado de su figura es preciso considerar también la nada desdeñable relevancia que ha tenido Pablo en el cristianismo posterior hasta el punto de que no resulta exa-

¹ Este mismo año, sin embargo, la editorial Monte Carmelo ha publicado en español un *Diccionario de San Pablo*, Burgos 1999, dirigido por F. Fernández Ramos en el que 27 autores desarrollan en algo más de cien voces los principales temas de la teología paulina y las cuestiones histórico-literarias sobre Pablo y sus cartas.

gerado afirmar que muchos de los momentos renovadores y también de las convulsiones de la historia de la Iglesia han tenido su punto de partida en un redescubrimiento de la teología paulina.

En el Diccionario que presento, a lo largo de 1.613 páginas un centenar largo de autores desarrollan algo más de doscientas voces, a las que se suman muchos otros lemas y referencias cruzadas para facilitar la consulta.

La obra cubre todo el *corpus paulinum*, tanto las cartas consideradas auténticas por la crítica, como las que no salieron de la pluma de Pablo, aun siendo, como Colosenses y Efesios, buenos testimonios de la teología paulina. En los respectivos artículos queda recogida la discusión reciente sobre la autenticidad de estas cartas pero, al final, se adopta una postura tan a favor de la autoría paulina, a mi modo de ver, y también al de R. Penna (p. VIII), muy difícil, por no decir imposible, de sostener hoy, dado que no se cohonestan con el estado actual de nuestros conocimientos. Me parece que se cede a la tentación de mantener la opinión tradicional sencillamente por serlo.

El Pablo sobre el que versa el diccionario es el Pablo de sus cartas —diríamos el auténtico—, no el Pablo tal como es visto por Lucas en el libro de los Hechos, quien nos ofrece una imagen de Pablo desde su perspectiva teológica particular y desde el contexto de la Iglesia lucana ampliamente evolucionada y distinta de lo que había sido la comunidad cristiana que Pablo conoció en vida. Es sabido que la teología que sale de los labios de Pablo en el libro de los Hechos no es la teología paulina sino la lucana. Un excelente artículo de F.F. Bruce, concluido, por cierto, pocas semanas antes de su muerte, titulado «Paulo negli Atti e nelle Lettere» relaciona ambos retratos, aunque el libro de los Hechos se halla presente también en otros muchos artículos del Diccionario, como el titulado *Cronología*.

Los doscientos artículos o «voces», ordenados alfabéticamente como corresponde a un diccionario, permitirían una agrupación sistemática en cuatro grandes apartados. Primero, los que abordan la biografía de Pablo, entre los que subrayo: *Cronología, Jesús y Pablo, Itinerarios, Colecta para los santos* y su contexto histórico cultural: *Qumran y Pablo, Pablo como judío, Helenismo, Viajes en el mundo romano, Sistemas políticos, Sociología de la Iglesia misionera*, etc. En segundo lugar, los artículos dedicados a cada una de las cartas del *corpus paulinum*, a los que se añaden otros cuya perspectiva es retórica o de crítica literaria como *Crítica Textual, Elementos litúrgicos en Pablo, Retórica* y el muy interesante *Literatura paulina apócrifa*. Casi cuarenta voces, comenzando por *Centro de la teología de Pablo*, que recoge la discusión reciente sobre la identidad del núcleo más peculiar de la teología paulina, abordan de un modo sistemático los temas teológicos desarrollados por Pablo en sus cartas. Por último, un cuarto grupo de artículos sirve para poner de relieve el significado de Pablo en la historia de la Iglesia o contribuye a valorar su relevancia actual.

Aunque los autores provienen casi exclusivamente del mundo anglosajón y son en su totalidad de confesión evangélica, la exégesis y teología presente en el diccionario recogen con objetividad y haciéndose eco de otras tradiciones cristianas la comprensión de Pablo y la discusión teológica reciente. En la traducción italiana no se han introducido cambios relevantes respecto a la edición original. Sólo se ha completado la bibliografía añadiendo obras o bien posteriores a la edición inglesa o bien pertenecientes al ámbito lingüístico italiano. El resultado es que cada uno de los artículos viene pertrechado de una abundante y pertinente bibliografía.

El volumen se concluye con la traducción italiana de los Hechos de los Apóstoles y de las 13 cartas del *corpus paulinum* (pp. 1615-1734) a la que siguen los índices de los pasajes bíblicos paulinos citados (pp. 1735-1786) y analítico (pp. 1787-1867), 3 mapas y 7 croquis explicados de las ciudades paulinas, además del índice de voces del diccionario (pp. 1869-1882).

En conjunto, me parece una excelente obra sobre Pablo tanto desde el punto de vista histórico-literario como exegético-teológico y de su relevancia eclesial, que proporciona en forma de diccionario, lo que puede facilitar la consulta, un buen estado de la cuestión de lo poseído y discutido sobre Pablo y su significado. La obra resultará, sin duda, útil y valiosa a los estudiantes y estudiosos de teología.—J.R. BUSTO.

ALBERTO MAGGI, *Cómo leer el Evangelio... y no perder la fe*, Córdoba 1999, Ediciones El Almendro, Colección «En torno al Nuevo Testamento», núm. 21, 186 pp., ISBN 809-8005-038-1.

La presente traducción del original italiano aparecido en 1997 recoge artículos publicados por el autor en la revista *Rocca*, encabezados todos ellos por un título similar al del libro. Su destinatario (según la introducción, no según el título elegido para el libro) es el público no creyente que se acerca a los evangelios buscando hallar en ellos un mensaje que suscite la fe, pero cuyo sentido común «choca continuamente con los disparates e incongruencias que se encuentran ya en el mensaje, ya en los episodios evangélicos» (15). En realidad creemos que el libro busca acercarse al lector moderno, de espíritu crítico y pensamiento racionalista, creyente o no, que busca explicación a la presencia de ángeles y demonios en los evangelios, y que se pregunta por qué, si Jesús realizó curaciones y milagros, los limitó a unas pocas personas, o por qué no sigue haciéndolos aún hoy. Este lector encuentra dificultad para aceptar pasajes como la proclamación «dichosos los pobres de espíritu», o la maldición de una higuera por la ausencia de frutos en tiempo que no era de dar higos (Mc 11,12-14). Este lector que el texto presupone, y exige, es el lector no especializado, que por primera vez se acerca a una lectura crítica de los evangelios.

El libro se estructura en 21 capítulos, cada uno de ellos dedicado a uno o dos pasajes evangélicos, escogidos precisamente en función de la inquietud que su contenido o sus formulaciones pueden causar al lector actual. Los títulos responden al origen periodístico de cada capítulo, con formulaciones como «Divina carnicería», «¿Cuántas veces, hija mía?», «Pecad, hermanos», «El Dios que margina», «¿Milagros? No, gracias», «Los calzoncillos de los sacerdotes», «El Dios vampiro», etc. No dejan de ser estos títulos como guiños a aquellos lectores «no creyentes» (17). A ellos ofrece A. Maggi una lectura del evangelio que toma como punto de partida las objeciones y contradicciones que alejan a muchos de la fe, o al menos de la fe en la Escritura.

Lo que Maggi pretende dejar claro al lector crítico del Nuevo Testamento es la distancia que hay entre el mensaje y los medios para expresar este mensaje: «la buena noticia de Jesús es expresada por los evangelistas preferiblemente por medio de imágenes más que por formulaciones teológicas. Por esta razón cuando se lee el evangelio es necesario distinguir qué es lo que pretende comunicar el autor y cómo lo expresa» (19).